

El rey abrazó á M. Dupont y M. Dupont le ofreció permanecer.

Pero todo esto no era mas que un mal remiendo sin consistencia alguna: si M. Dupont (de l'Eure) consentia en quedarse con MM. de Broglie, Guizot, Molé, Casimiro Périer, Dupin y Bignon, MM. Bignon, Dupin, Casimiro Périer, Molé, Guizot y Broglie no consintieron en quedarse con M. Dupont (de l'Eure.)

Los doctrinarios al presentar su dimision, forzaron á Luis Felipe á que formase un nuevo gabinete.

Todavía fué M. Laffitte el encargado de esta difícil operacion.

Al cabo de dos ó tres dias de hablar vagamente, el *Monitor* publicó, el 2 de Noviembre, la lista de los nuevos elegidos.

Estos eran:

MM. Laffitte, ministro de hacienda y presidente del consejo.

Dupont (de l'Eure) de justicia.

Gérard, de guerra.

Sebastiani, de marina.

Maison, de negocios extranjeros.

Montalivet, del interior, y

Mérilhou, de instruccion pública.

Los tres ministros sin cartera, Dupin, Casimiro Perier y Bignon habian dimitido sus cargos.

Quince dias despues una recomposicion colocaba al mariscal Sault en el ministerio de la Guerra, á M. Sebastiani en el de negocios extranjeros, y á M. de Argout en el de marina.

Mientras tanto los dias volaban y se acercaba la época fatal, es decir, la fecha fijada para la instruccion del proceso de los ministros.

El 4 de Octubre la cámara de los pares se constituyó en jurado, ordenó la traslacion de los ministros al pequeño Luxemburgo, y fijó la apertura de los debates para el 15 de Diciembre,

El rey, al cambiar de ministerio, habia logrado su objeto que era salvar á los ministros: la cámara de los pares haria lo que él quisiera. En el nuevo ministerio disponia de M. Laffitte, *su amigo*, de Sebastiani y de Montalivet, que lo complacian en todo, de Gérard y de Maison, sus adictos, y en cuanto á M. Mérilhou era fácil de conquistar: quedaba solo Dupont (de l'Eure) que obraría segun obrase La Fayette, y La Fayette, proscripto por M. de Polignac, queria vengarse á su modo, salvándole.

En este intervalo que separaba la formacion del nuevo ministerio de la apertura del proceso, M. La Fayette recibió de la mano de aquel á quien habia hecho rey, una herida, la primera, pero herida tanto mas dolorosa cuanto que era inesperada.

CAPÍTULO L.

SÉASE ó no que el sacudimiento que sintió la Francia en la caida del gobierno de Carlos X hubiese sido en realidad mas fuerte y profundo que lo que parecía á primera vista, el caso es que las bancarrotas se multiplicaron, las casas mas

fuertes perdieron algo de su crédito, y aun el mismo M. Laffitte empezaba á temer que al lanzarse en la revolucion *con cuerpo y bienes*, habia salvado *el cuerpo* es verdad, pero corría un gran riesgo su fortuna.

Conociendo que no tardaría mucho en hallarse embarazado en sus negocios, M. Laffitte propuso al rey le vendiese su selva de Breteuil, y el rey aceptó; solo que para que esta venta se velase con el mayor secreto, se habian convenido en que el acta iría garantizada con su firma privada, y que esta firma no se registraría.

M. Laffitte se admiró mucho, por lo mismo, una mañana (la del 18 de Noviembre) en que recibió la carta siguiente del rey:

“Mi querido señor Laffitte:

“Despues de lo que me ha indicado uno de nuestros amigos, comprendo debeis saber yá por qué me he aprovechado de la ausencia de M. Jamet (1) para hacer registrar la “firma privada con el mayor secreto posible.”

Esta carta incomprensible para el público no lo era menos para M. Laffitte. ¿Quién era ese comun amigo que el rey no nombraba? ¿Por qué habia aprovechado la ausencia de M. Jamet para hacer una cosa que habia ofrecido no hacer?

El único hecho, claro, positivo, incontestable, era que la firma privada habia sido registrada con el mayor secreto.

Ahora bien, todos saben lo que es el secreto del registro, sobre todo cuando se trata nada menos que de una venta de ocho á diez millones.

Era un golpe terrible para el crédito de M. Laffitte la primera muestra de gratitud de Luis Felipe de aquel á quien habia hecho rey.

Pero ¿no era preciso que Luis Felipe destruyese unos despues de otros, á todos los que le habian elevado?

(1) M. Jamet era director de la contabilidad del rey.

M. Laffitte podia vengarse facilmente, con solo presentar su dimision, que acarrearía la de Dupont (de l'Eure) en el ministerio, la de La Fayette como comandante de la guardia nacional, y la de Odilon Barrot como prefecto del Sena.

Entonces Luis Felipe quedaria desarmado ante la irritacion popular aumentada por el proceso de los ministros.

Pero tuvo la generosidad de no hacer nada, y disimulando sus temores para el porvenir, temores que el porvenir le probó eran bien fundados, encerró su herida que vertia sangre en lo mas profundo de su corazon.

Resolvió prestar su apoyo y el de sus amigos Dupont (de l'Eure), La Fayette y Odilon Barrot, al proceso de los ministros, piedra de toque en la que podria conmovearse fuertemente el trono de Julio, á los cinco meses de su existencia.

Iban á tener que luchar con tres partidos.

El legitimista.

El bonapartista.

El republicano.

Al partido legitimista se le conocia ya bien, y se habia visto cuando trató de defender á Carlos X, lo poco temible que era. Lo único que le daba alguna importancia era su fortuna; pero las fortunas estaban comprometidas en cualquier movimiento popular. ¿No se habia dicho en voz bien alta que si la revolucion de Julio en vez de durar tres dias dura cuatro, el pueblo se hubiera entregado al pillaje?

Pobre pueblo! ¿cómo se le calumniaba!

El partido bonapartista.

Apenas se habia pronunciado el nombre de Napoleon II en los dias de la revolucion de Julio en los que en medio de la general sorpresa habian escamoteado la corona para el duque de Orleans. Pero entretanto habia reclutado gente, y habia conocido que teniendo á la vez raices en el pueblo, en el ejército, en la administracion, en la cámara de los pares y hasta en la corte, era mucho mas fuerte de lo que él

mismo creia. Solo que su candidato estaba muy lejos, fuera del círculo de su poder, y aunque hubiesen tenido un trono que brindar á Napoleon II, no era probable que el Austria le permitiese aceptarlo.

El partido republicano.

Oh! este era el que inspiraba mas serios temores. Menos considerable quizá que los otros dos en los momentos en que la revolucion de Julio habia estallado, se habia fortalecido despues, y comprendia que ya necesitaban contar con él. Ademas, su fuerza provenia de su conviccion: cierta voz interior le decia que el porvenir era suyo. No se habia manchado con los escesos del 93, y estaba libre de las persecuciones de la cámara. Le faltaba experiencia, es verdad, pero qué le importaba si estaban dispuestos á morir para derribar los obstáculos que su misma inesperienza podria suscitarles? Tenian valor, adhesion, probidad; qué mas se podia pedir á hombres que no deseaban destinos, oro ni honores?

El alma, el núcleo mas poderoso del partido republicano estaba en la artillería de la guardia nacional.

La artillería de la guardia nacional se componia de cuatro baterías.

La segunda, á las órdenes de Guinard y de Cavaignac, y la tercera á las de Bastide y Thomas, pertenecian enteramente al partido republicano.

El duque de Orleans, colocado como simple artillero en la primera, habia estendido en ella y en la cuarta, algunas semillas, no de reaccion, pero sí de adhesion al rey. Y sin embargo, á pesar de la presencia del príncipe, podiamos contar con cerca de una tercera parte de los soldados que componian ambas baterías.

Ademas, la artillería llamaba la atencion por su buena disciplina y porte, y por el ardor con que se entregaba á los ejercicios. A las seis de la mañana en el verano y á las ocho en el invierno, efectuaban sus maniobras en los patios del

Louvre, donde estaban colocadas las piezas, y muchas veces en Vincennes, hemos luchado quizás con ventaja en los ejercicios de fuerza y destreza con los artilleros permanentes.

En la artillería tenia fijas sus miradas el gobierno.

CAPÍTULO LI.

ENTRETANTO murió Benjamin Constant.

En los últimos dias de su vida habíanse contado de él cosas estrañas: se habia dicho que su adhesion al gobierno de Julio le habia valido cuatrocientos mil francos. ¿Era esto verdad, ó era obra de la calumnia que queria manchar tan grande y bien sentada reputacion? La realidad era que Benjamin Constant habia muerto en la mayor miseria, y que, en los últimos dias de su existencia, habia tenido que buscar mas de una vez en el pan desdeñado la víspera, el sustento del dia siguiente.

Benjamin Constant tenia un defecto, ese defecto que no presta á un hombre seguridad alguna ni en su honor ni en su conciencia, ni en su vida. Era jugador.

Pero el dia en que la noticia de su muerte se estendió en Paris, lo mismo que el dia en que murió Mirabeau, todo se